

# Históricas Digital

Miguel León-Portilla

*Bernardino de Sahagún*

*Pionero de la antropología*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun\\_pionero/363.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## 2. ENCUENTRO CON EL NUEVO MUNDO EN MEDIO DE TURBULENCIAS SOCIALES. SAHAGÚN, MISIONERO Y MAESTRO (1529-1540)

“Partiendo —como el mismo Bernardino lo escribió mucho tiempo después— de Sanlúcar hasta las Canarias, de allí se sigue un golfo anchísimo de mar [el Atlántico], que llega hasta las islas de Santo Domingo...”<sup>1</sup>

Transcurridos cerca de dos meses, con escala en la referidas islas, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, sus acompañantes franciscanos y el grupo de nobles indígenas que regresaban, desembarcaron en el puerto de Veracruz. Más que probable es que a lo largo de ese viaje Bernardino y otros de los jóvenes frailes conversaran con personajes tan distinguidos como un hijo del gran Motecuhzoma, y con otros nobles nahuas que venían a bordo. Sus charlas se desarrollaban en lengua castellana por la simple razón de que los frailes desconocían el náhuatl, y los indígenas, en cambio, por su contacto con los españoles en México y luego por un año de estancia en la Península, tenían ya cierto dominio del idioma de los conquistadores.

Respecto a Sahagún, es verosímil que, en vista de su interés lingüístico, desde un principio aprovechara la ocasión para aprender un poco de náhuatl. Podemos así imaginarlo haciendo toda suerte de preguntas a los indígenas para consignar luego por escrito las formas como se estructuraban los sustantivos, los verbos con sus pronombres y las distintas partículas de la que era

<sup>1</sup> Esta cita procede del prólogo al libro XII, firmado por Sahagún, en la revisión que hizo en 1585 de dicho texto acerca de la Conquista. Ha sido reproducido en las ediciones de la *Historia General* hechas en 1938, 1946 y 1956 y también en la publicación dedicada a dicho libro por Carlos María de Bustamente en 1840. Véase: la edición de Angel Ma. Garibay, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1956, IV, 17.



lengua general en la Nueva España. De ser esto así, no parecerá exageración afirmar que las pesquisas lingüísticas de Bernardino sobre el habla de los mexicanos se iniciaron antes de llegar al país donde se hallaba el destino de su vida.

Y cosa probable es también que a las noticias que tenía ya sobre la cultura de los habitantes de esa Nueva España, derivadas de lecturas de obras como las *Cartas de Relación* de Cortés y lo que pudo haberles referido quien los encabezaba, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, se haya sumado entonces la información dada por el hijo de Motecuhzuma y los otros jóvenes mexicas. Éstos tal vez le describieron algo de sus antiguas formas de vida, sus ciudades, templos, palacios, grandeza del país, variedad de gentes, climas, animales y plantas. Lo que pudo conocer así de antemano fray Bernardino muy pronto se le iba a tornar impresionante realidad.

### *La Nueva España en 1529*

Tras el desembarco en Veracruz, sólo sabemos que de allí pasó la veintena de frailes, encabezados por Antonio de Ciudad Rodrigo, al centro del país. En su *Historia general*, escrita años más tarde, alude fray Bernardino a lugares y accidentes que seguramente contempló en su marcha hacia México. Entre otras cosas, se refiere a la impresionante cumbre nevada del Pico de Orizaba diciendo: “Hay un monte que se llama Poyauhtécatl [Señor de la niebla], está cerca de Ahuilizapan [lugar de las aguas alegres, topónimo que se corrompió en el de Orizaba]..., tenía la cumbre cubierta de nieve”.<sup>2</sup> Verosímil parece que hicieran algunos altos en el camino, sobre todo en lugares como Tlaxcala o Huexotzinco, en los que existían ya conventos franciscanos. Continuando su marcha, después de varios días o semanas, llegaron a la región de los lagos.

Como había ocurrido a Hernán Cortés y sus hombres apenas diez años antes, Bernardino de Sahagún y los otros frailes debieron maravillarse de la belleza extraordinaria de esa gran cuenca, rodeada de montañas cubiertas de bosques, región de cielo

<sup>2</sup> Sahagún, *Historia*, II, 807.

esplendente, luz, agua y verdor. En las orillas de los lagos se erguían numerosas poblaciones. Viniendo del sur podía cruzarse el gran espejo de agua por la larga y estrecha calzada de Iztapalapa. Si, en cambio, habían estado antes en Tetzaco, en la ribera oriental del lago, el paso hacia la metrópoli de México-Tenochtitlan, entonces en proceso de reconstrucción, lo harían los frailes en canoas.

La antigua metrópoli, sede del gobierno de Motecuhzoma, había quedado destruida por obra del asedio de cerca de ochenta días, hasta que cayó en manos de Cortés. Al llegar Bernardino y quienes con él venían se continuaba su reedificación, de acuerdo con una nueva traza al modo renacentista, concebida por el alarife Alonso García Bravo. A un hermano de hábito franciscano, Toribio de Benavente, uno de los doce que habían llegado en 1524 y que había adoptado el nombre náhuatl de Motolinía, “él es pobre”, debemos valiosa información sobre lo que fue reedificar la ciudad. Motolinía trata de esto precisamente al describir el gran conjunto de desgracias que habían caído sobre los nativos como consecuencia de la Conquista. El título que dio al correspondiente capítulo fue el de “Cómo esta tierra fue herida de diez plagas muy más crueles que las de Egipto”.

La primera había sido la epidemia de viruela que en 1520 diezmó a la población. Luego, once años después, hubo otra de sarampión. La Conquista descabezó a la nobleza indígena y las epidemias y las hambrunas hirieron de muerte a la gente del pueblo, los *macehuales*. Se establecieron luego las encomiendas donde los opresores, asevera el mismo franciscano, “nunca otra cosa hacen sino mandar[...], todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada de moscas”.<sup>3</sup>

A esas plagas se sumaron las de “los tributos grandes y servicios que los indios hacían” hasta que, “con el gran temor que cobraron a los españoles del tiempo de la guerra, daban cuanto tenían, pero como los tributos eran tan continuos, para los cumplir vendían los hijos y las tierras a los mercaderes”.<sup>4</sup> Muchos de esos ser-

<sup>3</sup> Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición de Edmundo O’Gorman, prólogo de Miguel León-Portilla, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, 27.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 22.

vicios y tributos hicieron posible el desarrollo de la agricultura y la ganadería, aunque sobre todo en provecho de los españoles.

Plaga también muy cruel fue el trabajo en las minas “que los indios que hasta hoy en ellas han muerto no se podrían contar”. Acerca de la esclavitud, a la que en los primeros años se dio entrada, dice Motolinía “que de todas partes entraban en México grandes manadas como de ovejas para echarles el hierro [...], dábanlos por aquellos rostros, demás del principal hierro del rey, porque cada uno que compraba el esclavo le ponía su nombre en el rostro, tanto que toda la faz traían escrita”.<sup>5</sup>

Otras plagas describe luego con colores tan negros que fray Bartolomé de las Casas hubiera querido apropiárselos para dar mayor fuerza a sus denuncias. Entre ellas estuvieron la de obligar a los indios a transportar cargas tan grandes que los hacían caer muertos en los caminos. Esto, con la esclavitud, los tributos, los trabajos y servicios, las hambrunas y las pestes fueron causa de que “muchos pueblos se despoblaron”.<sup>6</sup>

Volviendo a lo que fue para los indígenas construir una nueva ciudad sobre las ruinas de la que había sido arrasada, escribió el mismo Motolinía:

La séptima plaga —expresa Motolinía— fue la reedificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén en tiempo de Salomón, porque era tanta la gente que andaba en las obras, o venían con materiales y a traer tributos y mantenimientos a los españoles y para los que trabajaban en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas, y en las obras a unos tomaban las vigas y otros caían de lo alto, sobre otros caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras; e la costumbre de las obras es que los indios las hacen a su costa, buscando materiales y pagando los pedreros o canteros y los carpinteros, y si no traen qué comer, ayunan.

Todos los materiales traen a cuestras; las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas; y como les faltaba el ingenio e abundaba la gente, la piedra o la viga que había menester cien hombres, traíanla cuatrocientos; es su costumbre que, acarreado los materiales, como van muchos, van cantando y dando [voces], y estas voces apenas cesaban de noche ni de día.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> *Loc. cit.*

<sup>6</sup> Motolinía, *op. cit.* 26.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 28.

Verosímil es que ya en 1529, después de cerca de ocho años de trabajos, la ciudad estuviera en parte reedificada, aunque desde luego mucho faltara por hacer. Gracias a un testimonio conservado por el autor de la *Monarquía Indiana*, fray Juan de Torquemada, que la sacó a luz por vez primera en 1615, sabemos que Sahagún alcanzó a ver no poco de las ruinas del principal de los templos indígenas de la antigua ciudad de México. Antes de aducir lo consignado por Torquemada, importa notar que bien pudo Bernardino contemplar una parte de lo que era el Templo Mayor y los otros edificios que integraban el gran recinto sagrado en el corazón de la metrópoli, ya que aún hoy, varios siglos después, las excavaciones arqueológicas que a partir de 1978 allí se han hecho, han puesto al descubierto impresionantes vestigios de esas grandes edificaciones. Juan de Torquemada, que escribía a principios del XVII, al ponderar la suntuosidad del Templo Mayor, nos dice:

Y para que los que estas cosas leyeren no quieran pensar que hablo de gracia y sin límite [...], quiero poner aquí las palabras del padre fray Bernardino de Sahagún, fraile de mi orden y uno de los que entraron muy a los principios de este descubrimiento de la Nueva España, que fue año de veinte y nueve, el cual vido éste y los demás templos y vivió en la conversión de estos indios [...] más de sesenta años, y supo sus antiguallas muy por menudo y escribió muchísimas cosas en su lengua.

El cual, hablando de la hermosura, grandeza y sumptuosidad de este celeberrimo templo, aunque malo por ser del demonio, dice estas palabras [...] Había mucho que ver en los edificios de este templo; la pintura de él tenía mucho que ver, y yo le hice pintar en esta ciudad de México, y llevarónmela a España por cosa muy digna de ver y no lo he podido más haber [...] Y aunque en la pintura parecía tan lindo, lo era mucho más y más vistoso el edificio.<sup>8</sup>

El hecho de que fray Bernardino se preocupara por hacer pintar lo que podía aún verse del Templo Mayor poco tiempo después de su llegada a México, revela ya un rasgo de su carácter. Era hombre que desde un principio se interesaba por comprender las realidades de una cultura tan distinta. Y en verdad que grandes eran las diferencias, con respecto a lo que conocía en

<sup>8</sup> Torquemada, *op. cit.*, III, 219.



España, que de continuo le salían ahora al paso. Tierra de muy acusados contrastes, antigua grandeza indígena, destrucción y reedificaciones; opulencia de los nuevos señores y de algunos antiguos caciques, miseria y sufrimientos muy hondos del común de los indios, tal se mostraba el país conquistado a los ojos de los recién llegados veinte jóvenes frailes.

Sus hermanos franciscanos venidos pocos años antes trabajaban allí sin darse reposo. A dos años de la caída de México habían arribado los tres de origen flamenco. Poco después se contó con la presencia de los doce, de la ya mencionada provincia de San Gabriel de Extremadura, a cuyo frente estaba fray Martín de Valencia. Y otros más habían llegado luego, poco antes de la venida de los veinte que traía fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Así, en octubre de 1528 habían desembarcado en Veracruz para pasar de inmediato a la ciudad de México los ya mencionados fray Juan de Zumárraga y fray Andrés de Olmos.

Al llegar, Bernardino y sus compañeros mucho fue lo que escucharon de labios de quienes laboraban ya en la evangelización de los indios. Se enteraron así de las fundaciones de conventos en lugares fuera de la ciudad, tales como Tetzoco, Tlaxcala, Huexotzinco y Tlalmanalco. Y, cosa asombrosa, como lo recordaría mucho después Sahagún:

Nos fue dicho, como ya se había dicho a los padres dominicos [que empezaron a laborar en México en 1526], que esta gente [los indios] habían venido a la fe tan de veras, y estaban casi todos bautizados y tan enteros en la fe católica de la Iglesia Romana, que no había necesidad alguna de predicar contra la idolatría porque la tenían dejada muy de veras.

Tuvimos esta información por muy verdadera y milagrosa, porque en tan poco tiempo y con poca lengua y predicación y, sin milagro alguno, tanta muchedumbre de gente se había convertido...<sup>9</sup>

Al expresar esto Sahagún muchos años después de su llegada a México, tenía —según veremos— opinión muy contraria a lo que entonces escuchó y recordó en las palabras citadas. Por el momento, en vez de entrar en disquisiciones sobre lo que hacia 1529 se había logrado en materia de conversiones, importa atender a otro conjunto de hechos de extrema significación que eran

<sup>9</sup> Sahagún, en García Icazbalceta, *op. cit.*, 361.

también parte de las realidades con que se toparon Bernardino y sus compañeros al llegar a tierras mexicanas. En tales hechos los franciscanos se hallaron inmiscuidos, con consecuencias bastante graves.

*Las disensiones y bandos entre los españoles que estaban en México*

Con estas palabras enunció fray Toribio de Benavente Motolinía la décima de las plagas que, en su opinión, afligieron a los indígenas en los años que siguieron a la Conquista. Comentando lo que quiso significar al referirse a las tales disensiones y bandos, escribió:

La décima plaga fue las disensiones y bandos entre los españoles que estaban en México, que no fue la menor, mas que la que en mayor peligro puso la tierra para perderse, si Dios no tuviera a los indios como ciegos; y estas diferencias y bandos fueron causa de [a]justiciar a muchos españoles, unos condenados a muerte, otros afrentados y desterrados; otros fueron heridos cuando llegaban a atravesarse, e no habiendo quien pusiese paz ni se metiese en medio, si no eran los frailes.<sup>10</sup>

Para comprender lo así enunciado por Motolinía es necesario recordar lo que había ocurrido en la Nueva España una vez consumada la Conquista, o sea durante los ocho años anteriores al de 1529. Todo ello había afectado de modo muy hondo la labor de los franciscanos. Las ulteriores consecuencias de esos hechos, vividas por fray Bernardino, habrían de condicionar asimismo su actuación. Por ello importa detenerse en tales aconteceres.

Tomada la metrópoli indígena el 13 de agosto de 1521, Cortés hubo de ponderar lo que parecía más conveniente llevar a cabo. Abarcaba ello varios puntos: traslado de la ciudad capital a otro sitio o reedificación de la misma; prosecución de la conquista de la tierra; otorgamiento de recompensas a los conquistadores; establecimiento de una determinada forma de gobierno, y cristianización de los indígenas.

<sup>10</sup> Motolinía, *op. cit.*, 29.



Respecto del primer punto, se decidió que la ciudad debía reedificarse en el mismo lugar donde había existido. El símbolo del antiguo poder perduraría así renovado. En cuanto a ampliar las conquistas, muy pronto dispuso Cortés el envío de capitanes suyos a varias regiones: Michoacán y Colima, por el rumbo del poniente; tierra caliente —hoy Morelos y parte de Guerrero—, Oaxaca, Chiapas y Guatemala al sur, así como, por el ámbito del golfo de México desde el río Pánuco hasta la región de Tabasco, cerca ya de la península de Yucatán. La expansión hacia el norte se emprendería más tarde.

En lo tocante a recompensas a los conquistadores, éstas consistieron en tierras e indios concedidos en el régimen de encomienda, es decir, entregados a determinada persona para que la sirvieran, con la condición de que el conquistador-encomendero cuidara de protegerlos y propiciara su cristianización. Respecto de esto último, Cortés solicitó además de la Corona el envío sobre todo de frailes para que trabajaran en la evangelización de los indios.

La cuestión, ciertamente fundamental, de organizar una determinada forma de gobierno, se resolvió en principio cuando en octubre de 1522 el propio don Hernando fue nombrado capitán general y gobernador de la Nueva España. Ejerciendo este doble cargo encaminó Cortés la nueva vida del país conquistado. Podría decirse que todo marchó a su voluntad hasta que, en octubre de 1524, el capitán general y gobernador decidió ausentarse de la ciudad de México para ir a castigar a Cristóbal de Olid, que se le había rebelado en tierras tan lejanas como eran las de Honduras.

Cortés delegó entonces el gobierno de la Nueva España en tres funcionarios reales: el tesorero Alonso de Estrada, el contador Rodrigo de Albornoz y el funcionario del Ayuntamiento licenciado Alonso Zuazo. Los dos primeros, al igual que el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirinos, habían sido nombrados por la Corona para cuidar de los intereses reales en materia de impuestos y vigilar la buena marcha de la administración al cargo de Cortés.

Partió éste confiando en que Estrada, Albornoz y Zuazo gobernarían en armonía. Sin embargo, hallándose en Coatzacoalcos en su marcha con rumbo a Honduras, recibió noticias de

enfrentamientos entre los que había dejado al cargo del gobierno. Dispuso entonces que regresaran a México Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirinos. Las instrucciones que les dio Cortés vinieron a ser ocasión de que un oculto antagonismo diera lugar a un primer estallido en las que Motolonia calificó de disensiones y bandos. Los que regresaban debían verificar si el tesorero Estrada y el contador Albornoz, así como el licenciado Zuazo ejercían su autoridad en paz y de común acuerdo. Si tal era el caso, Salazar y Chirinos debían asociarse a ellos. Si, en cambio, había disensiones entre los dichos funcionarios, Salazar y Chirinos debían asumir en forma exclusiva el mando.

Llegados a México, determinaron que las circunstancias prevalentes los obligaban a hacerse cargo, ellos solos, del gobierno. En opinión del licenciado Zuazo convenía, en cambio, que todos gobernaran juntos. La disensión estalló entonces. El tesorero y el contador fueron puestos en prisión. Algún tiempo después se propaló además la noticia de que Cortés había muerto en su expedición. Muchos de los antiguos conquistadores, con encomiendas otorgadas por don Hernando, comenzaron a ser perseguidos por Salazar y Chirinos. Para protegerse buscaron entonces asilo en el convento de los franciscanos.

Desposeídos de tierras, sus indígenas encomendados pasaron al poder de otros, partidarios de Salazar y Chirinos. Nuevas formas de exacción se aplicaron entonces a los indios. Motolinía describe, como otras plagas, las nuevas calamidades que los afligieron: esclavitud, trabajo en las minas, aumentos en los tributos y servicios personales. Muy difícil resultaba, en tales circunstancias, hacer realidad los ideales que consigo traían los franciscanos de instaurar entre los indios una cristiandad al modo antiguo, inspirados en lo que había sido su propia doctrina en la provincia de San Gabriel de Extremadura.

La tempestad lejos estaba de haber concluido. El tesorero Estrada y el contador Albornoz, que habían sido depuestos del gobierno, trataron de recuperarlo. Los enfrentamientos se sucedieron. Dando por muerto a Cortés, se dispuso se le hicieran solemnes honras fúnebres. Enseguida se procedió a vender en almoneda sus propiedades. Rodrigo de Paz que, además de alguacil mayor, era primo de don Hernando y había quedado como custodio de sus bienes, fue entonces detenido y sometido



a tormento para que revelara lo que supiera de los tesoros que, según se decía, tenía ocultos Cortés. El primo del conquistador corrió entonces parecida suerte a la de Cuauhtémoc, último gobernante de los mexicas, ejecutado en el viaje a las Hibueras por Cortés. Tras quemarle los pies, de suerte que, al decir de los cronistas, el fuego le comió hasta los tobillos, Rodrigo de Paz fue ahorcado en la plaza Mayor.

Los franciscanos se vieron envueltos en la contienda, tanto por actuar frente a Salazar y Chirinos en defensa de los indios como por dar asilo a los partidarios de Cortés. En un momento dado Salazar y Chirinos con violencia sacaron del convento de San Francisco a algunos de los que en él se habían refugiado. Fray Martín de Valencia puso entonces a la ciudad en entredicho y decidió marcharse con los demás frailes a Tlaxcala. La alarma creció en México y Salazar optó por devolver a quienes tenía presos. Todos estos hechos fueron el comienzo de las graves perturbaciones que, acentuadas en extremo, iba a conocer Bernardino de Sahagún en 1529.

Por lo pronto, entrado ya el año de 1526, las disensiones habían llegado a tal punto que el licenciado Alonso Zuazo envió a Cortés una misiva en la que le expresaba la necesidad de su regreso. Don Hernando lo apresuró y llegó a México en junio de 1526. Su retorno, lejos de aquietar la situación, dio lugar a nuevas perturbaciones. Casi al mismo tiempo apareció, procedente de España, el licenciado Juan Ponce de León, en calidad de juez de residencia de Cortés. Los nombramientos de éste como gobernador y capitán general quedaron entonces en suspenso y, a pesar de que poco después enfermaron y murieron Ponce de León y quien lo sucedió como juez de residencia, la suspensión de los cargos prevaleció. De ello tomó ocasión el tesorero Alonso de Estrada para enfrentarse a don Hernando. Éste, para evitar una lucha abierta, se retiró a Tlaxcala y estando allí decidió luego viajar a España para hacer personal defensa de sus intereses, tanto en vista del juicio de residencia como por los despojos perpetrados en contra suya y de otros conquistadores. Fue entonces cuando, según vimos, partieron con él dos hijos de Motecuhzoma y otros varios nobles indígenas que, en 1529, regresarían a México en el mismo barco en que viajaron Sahagún y los otros frailes.

Ahora bien, la más inmediata disposición tomada por el monarca español ante los conflictos que por momentos se agravaban en la Nueva España hizo verdad aquello de que “el remedio fue peor que la enfermedad”. A fines de 1528 la Corona creó la primera Audiencia en México. A tal cuerpo judicial y administrativo se iba a confiar el gobierno de la Nueva España.

*Bernardino de Sahagún, testigo de acrecentadas disensiones y violencias*

Como presidente de la Audiencia fue nombrado, aunque suene casi increíble, un personaje que durante los dos años anteriores se había distinguido por sus acciones siniestras en calidad de gobernador de la norteña provincia de Pánuco, Nuño Beltrán de Guzmán. Difícil es explicar tal designación. Quizá ésta se expidiera en su favor porque contaba con el apoyo de no pocos de los enemigos de Cortés, que habían hecho llegar a la Corona informes tendientes a debilitar su prestigio y poder.

Otros cuatro oidores fueron también nombrados. Llegados a Veracruz en la misma embarcación en que viajaron el primer obispo electo, fray Juan de Zumárraga, y su colaborador, fray Andrés de Olmos, establecidos ya en la ciudad de México, dos de los dichos oidores murieron poco después de pulmonía. Los otros dos, los licenciados Diego Delgadillo y Martín Ortiz de Matienzo, iban a rivalizar en sus desmanes con el presidente de la Audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán. De este último eran bien conocidas sus actuaciones en la gobernación de Pánuco. Entre otras cosas, había esclavizado allí a miles de indígenas, que luego enviaba en barcas a la isla de Santo Domingo, tan requerida de mano de obra barata. Y se refiere que Nuño llegó a hacer trueques de veinte indios esclavos por un caballo.

Cuando el padre Antonio de Ciudad Rodrigo y sus jóvenes misioneros, entre ellos Bernardino de Sahagún, entraron en la ciudad de México hacia mayo de 1529, la situación que allí reinaba por obra de los corruptos miembros y presidente de la Audiencia era en verdad alarmante. Diversos testimonios se conservan acerca de lo que ocurría, violencia sobre violencia, que ponían a la Nueva España en peligro de perderse. Los enfrentamientos fueron numerosos entre Nuño y los partidarios de

Cortés y, asimismo, de modo especial, entre el mismo Nuño y los franciscanos al frente de los cuales estaba el obispo electo fray Juan de Zumárraga. De tales enfrentamientos habla una larga carta que, en forma clandestina y casi pintoresca, logró enviar Zumárraga al soberano. Hay, asimismo, otras comunicaciones, como la del escribano real Jerónimo López, y dos informaciones sobre lo que ocurría con testigos juramentados, una promovida por Nuño Beltrán de Guzmán y la otra por el mismo fray Juan de Zumárraga.

Las acusaciones, varias de ellas terribles, incluían, por parte de Nuño Beltrán de Guzmán, atribuir a los franciscanos querer alzarse con la tierra propiciando un movimiento independentista y, asimismo, cargos variados de corrupción, como el de que algunos frailes habían tenido comercio sexual con mujeres indias.

Relacionada con la primera acusación estuvo una actuación del franciscano Juan de Paredes. Sabemos acerca de este caso no a través de información proporcionada por los cronistas de la Orden, Mendieta y Torquemada, que verosíblemente no quisieron hablar de ello. La noticia la da una carta del dicho Paredes, dirigida a quien era entonces el superior, fray Luis de Fuensalida, y también a través de una ulterior denuncia.

Fuensalida, por razones que desconocemos, había castigado a Paredes. Sabedor éste de la acusación de Nuño Beltrán de Guzmán en el sentido de que los franciscanos querían alzarse con la tierra y echar de ella a los españoles, no vaciló en arrojar más leña al fuego y el 23 de agosto de 1529 se presentó ante el escribano de la Audiencia. Allí denunció a fray Luis de Fuensalida, fray Francisco Ximénez, fray Toribio de Benavente Motolinía y fray Pedro de Gante acusándolos de estar fraguando una conspiración con los señores principales indígenas, como lo habían manifestado los que declararon a moción de Nuño, en contra del obispo Juan de Zumárraga.<sup>11</sup>

Lo escandaloso del caso debió perturbar sin duda a los muchos que seguramente se enteraron de él, tanto frailes como curas seculares y sociedad en general. Zumárraga, que no era hombre que se amilanara, reaccionó de inmediato. Harto como estaba, al

<sup>11</sup> Sobre la carta y denuncia de fray Juan de Paredes, véase: Joaquín García Icazbalceta, *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1947, II, p. 167-168.

igual que muchos otros, de los desmanes de Nuño y sus comparsas, promovió contradenuncias tan graves que, a la postre, provocaron la destitución de éste en 1530. Esta secuela de acontecimientos vino a constituir una de las más tempranas experiencias de fray Bernardino en la Nueva España. A pesar de las reiteradas disposiciones del Consejo de Indias para limitar a casos muy particulares la esclavitud de los indios, Nuño había continuado con su antigua práctica y autorizado la compraventa de gran número de indios. En lo tocante a las encomiendas, la amistad de Nuño con el antiguo factor Gonzalo de Salazar, lo había inducido a seguir por el camino que había adoptado éste de quitárselas a los adictos a Cortés.

El enfrentamiento entre el presidente de la Audiencia y los franciscanos se había iniciado a propósito de las exacciones de que eran víctimas los indios de Huexotzinco. La encomienda de ese lugar pertenecía a Cortés, circunstancia que ayuda a comprender por qué Nuño se fijara en ella. Centenares de nativos tenían que cruzar entre los dos volcanes, Popocatepetl e Iztaccíhuatl, para bajar al valle de México con sus tributos. Muchos de esos infelices perdían la vida llevando a cuestras pesadas cargas. Ante tales hechos el obispo electo Zumárraga habló con franqueza a Nuño. La respuesta de éste fue de rechazo. El obispo no tenía por qué intervenir en asuntos de administración pública.

Y, yendo más allá, para amedrentar a Zumárraga le dijo que se acordara de lo que poco antes había ocurrido al obispo de Zamora, que fue ahorcado cuando se había inclinado al partido de los comuneros de Castilla. Bernardino de Sahagún que, sin duda, hallándose en Salamanca conoció cómo había muerto el dicho obispo de Zamora, hubo de enterarse, apenas recién llegado a México, de la amenaza de Nuño, el voraz explotador de los indios.

Zumárraga, lejos de arredrarse, propició que en una misa a la que acudieron el presidente y los otros dos miembros de la Audiencia, el predicador les reprendiera sus desmanes en contra de los naturales de la tierra. Lo inverosímil ocurrió entonces. El oidor Diego Delgadillo, según lo refirió el conquistador Jerónimo López como testigo de vista, en una carta al monarca,

se levantó en pie y a voces mandó que fuese echado del púlpito, lo cual así fue hecho, y derrocaron al dicho fraile del dicho púlpito

abajo, lo cual hizo un alguacil e un Villaroel e otros que de su opinión se llegaron, diciéndole feas palabras, en lo cual se tuvo muy gran desacato a Dios y al templo donde estaban, y fue grande alboroto a los vecinos de la cibdad de México e a los naturales que lo vieron...<sup>12</sup>

El fraile provisor, acatando órdenes de Zumárraga, hizo saber a los miembros de la Audiencia que habían incurrido en excomunión. La situación se agravó al asilarse el provisor en el convento de San Francisco. Nuño ordenó entonces se impidiera la posibilidad de cualquier suministro a los frailes que allí estaban. La paz que se logró fue sólo transitoria. Levantada la excomunión, Nuño suspendió el cerco al convento.

Los atropellos del presidente y sus secuaces siguieron en aumento. Así, además de la oposición a cualquier intervención de Zumárraga en favor de los indios, se llegó a extremos tales como sacar de una escuela para jóvenes indígenas a dos de ellas de buen aspecto para convertirlas en concubinas, y a profanar sepulturas de indios y españoles para adueñarse de cualquier ofrenda u objeto valioso que pudiera encontrarse en ellas. El enfrentamiento tal vez más serio ocurrió cuando el presidente de la Audiencia dispuso que, con lujo de fuerza, se sacara del convento franciscano a dos clérigos seculares que allí se encontraban en espera de juicio eclesiástico por su mala conducta. La reacción de Zumárraga fue ir a exigir se le devolvieran. Para ello marchó en procesión acompañado del otro único obispo que había en la Nueva España, el dominico fray Julián Garcés, de Tlaxcala, y de otros varios frailes y gente del pueblo. El oidor Delgadillo, tras un intercambio de violentas palabras, llegó a ofender a Zumárraga con un tiro de lanza que le atravesó el hábito.

Esta vez la reacción fue aún más enérgica. Zumárraga excomulgó a los oidores y, puesta la ciudad en entredicho, se retiró con los otros frailes a Tetzoco. Era entonces urgente informar a la Corona de cuanto estaba ocurriendo. Tan sólo que, como con grandes pormenores lo refiere Jerónimo López, el espontáneo informante del rey, Nuño había tomado providencias para impedir que salieran comunicaciones con destino a España.

<sup>12</sup> "Carta de Jerónimo López al Emperador", sin fecha, pero probablemente de 1529, en *Epistolario de la Nueva España*, editado por Francisco del Paso y Troncoso, 16 v., México, Antigua Librería Robredo, 1940, XV, 189.



Debemos al mismo Jerónimo López la descripción de cómo el obispo pudo hacer llegar al soberano sus denuncias:

Con esto embarcó secretamente [Zumarrága] otros despachos que dio a un vizcaíno, los cuales trujo metidos en un barrilejo de aceite con cera, e en un tocino...<sup>13</sup>

En esa extensa carta, suscrita el 27 de agosto de 1529, Zumárraga describe con abundancia de pormenores los desmanes que se han ennumerado y otros muchos más. Puede afirmarse que cuanto en ella informa Zumárraga a Carlos V es de gran interés para conocer la situación que prevalecía en México en esos turbulentos años de la primera década de conquistado. Pertinente es citar al menos algunos párrafos de la parte final de la carta en los que el obispo electo hace varias recomendaciones al Emperador. Acerca de los oidores Matienzo y Delgadillo le dice:

Que Vuestra Majestad sea servido de quitar el cargo de oidores desta su Real Abdiencia a los licenciados Matienzo y Delgadillo, porque sin duda éstos tienen dos extremos diabólicos, que los que en Castilla les conocieron con cargos afirman así ser verdad; el uno el ser muy cobdiciosos, y esta cobdicia es tan por extremo, que no hay cosa, por muy conveniente que sea al servicio de Dios y de vuestra Majestad, que no tuerzan y olviden por su particular interés, que es este su principal intento, y lo demás accesorio; probarse ha lo que digo con sus propias obras, viendo cuán ricos están y lo que tienen apañado, y con todos cuantos hay en esta tierra; es lo otro que en todo extremo son amigos de parcialidades y bollicios y de hacerse parte en ellos, como se ha mostrado claramente; también se junta con esto que no tienen la reputación que se requiere conforme a sus cargos y a lo que representan, porque demás que tratan y comen continuamente con personas bajas y de viles oficios, son muy livianos y deshonestos con mujeres, y sojuzgados dellas en el honor y judicatura.<sup>14</sup>

A su vez, respecto del presidente de la Audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, recomienda:

Lo otro y muy principal es que Vuestra Majestad con toda brevedad envíe persona sabia y de mucha fidelidad que tome residencia a

<sup>13</sup> "Carta de Jerónimo López", *Ibid.*, XV, 190.

<sup>14</sup> "Carta a su Majestad del electo obispo de México fray Juan de Zumárraga, 27 de agosto de 1529", en García Icazbalceta, *Don fray Juan de Zumárraga, op. cit.*, II, 232-233.



Nuño de Guzmán y a estos oidores, y sepa y averigüe la verdad de todo lo que he dicho, porque seyendo mentira, quiero por pena que Vuestra Majestad no me crea más, y lo demás que a Vuestra Majestad pareciere, de que por la bondad de Dios soy seguro; y que los castigue de lo que mal han hecho, porque los que quedaren para presidir en esta Real Abdiencia teman la justicia de Vuestra Majestad, y no osen hacer cosa que no deban, especial tan rotamente como éstos han hecho y hacen.<sup>15</sup>

Párrafos adelante, menciona expresamente uno de los crímenes perpetrados por el mismo Nuño y solicita se ponga prohibición expresa a tal género de actuación que califica de infernal:

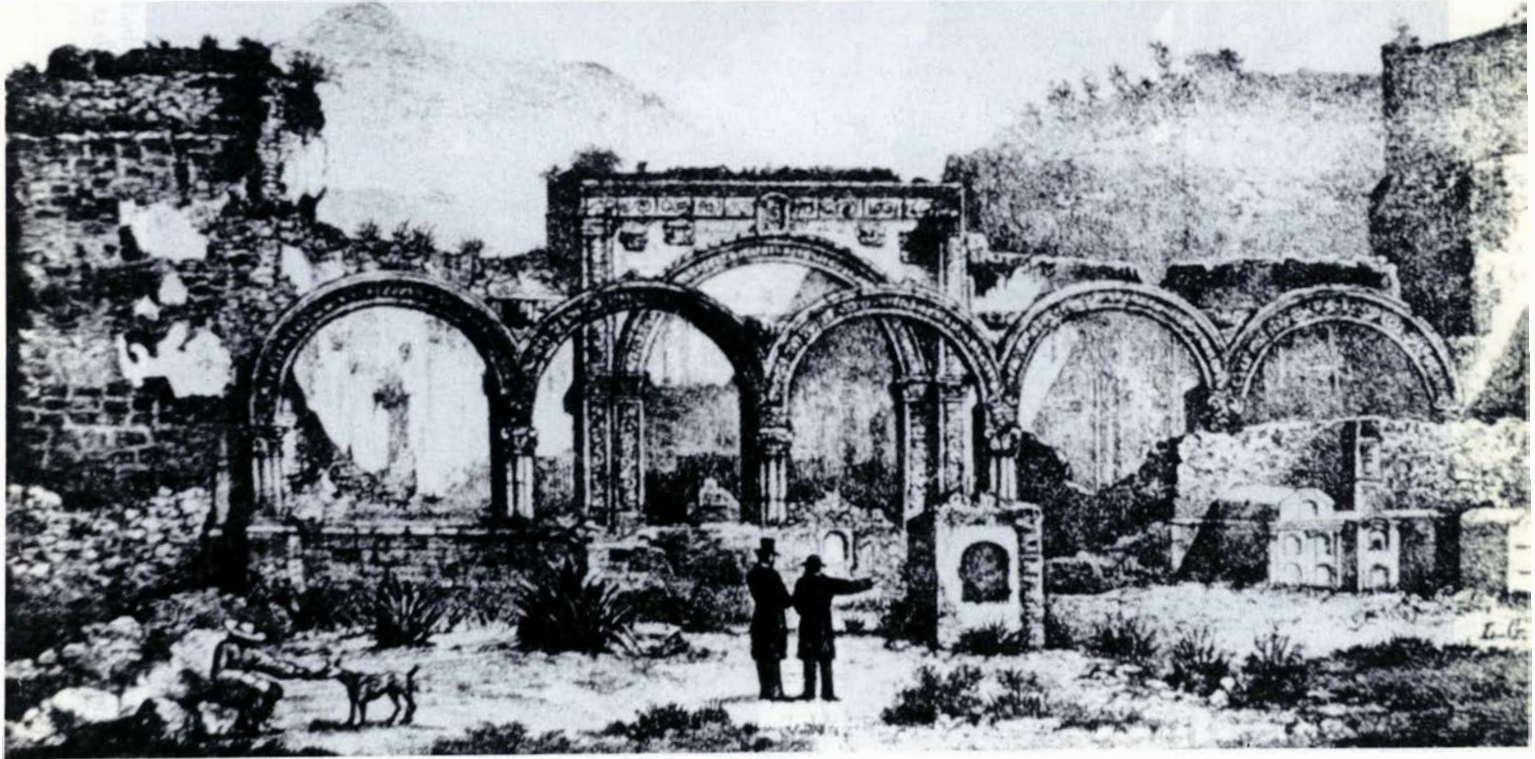
Item: que porque yo tengo muy averiguado que después que Nuño de Guzmán vino por gobernador a Pánuco, han salido del puerto de aquella provincia con su licencia y mandado, por vía de tracto, veinte e un navíos cargados de esclavos, en que ha sacado nueve o diez mil indios y más, porque la información que tengo es de los dueños dellos, y a esta causa aquella provincia está tan destruída y asolada, que no hay qué gobernar en ella, porque, demás de haber sacado la mayor parte de la gente, los que quedan se van a los montes de temor no los vean ellos; Vuestra Majestad, por reverencia de Dios, mande prohibir tan infernal saca y de tanto perjuicio para esta tierra, y castigar tan grande delito y sobre él breve remedio, y para que en esta tierra no [...roto], como Nuño de Guzmán lo ha comenzado, encargo a Vuestra Majestad su real conciencia.<sup>16</sup>

Las denuncias surtieron efecto. El soberano y su madre la reina Juana tuvieron como cosa urgente deponer a los miembros de esa Audiencia y nombrar a otros de bien probada solvencia moral. Así fue como, a fines de 1530, estaban designados, como presidente, el obispo de Santo Domingo, Sebastián Ramírez de Fuenleal y, como oidores, Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Juan de Salmerón y Francisco Ceynos. Con su llegada, que casi coincidió con el regreso de Cortés procedente de España, iban a mejorar las cosas en México. Según lapidariamente lo expresó el maestro y polígrafo mexicano Justo Sierra (1842-1912), “con Ramírez de Fuenleal se inició el largo período de paz en que se fue formando la nación mexicana”.<sup>17</sup> De los otros miembros de la audiencia cabe decir que eran todos varones letrados y justos.

<sup>15</sup> *Loc. cit.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, II, 237.

<sup>17</sup> Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 62.

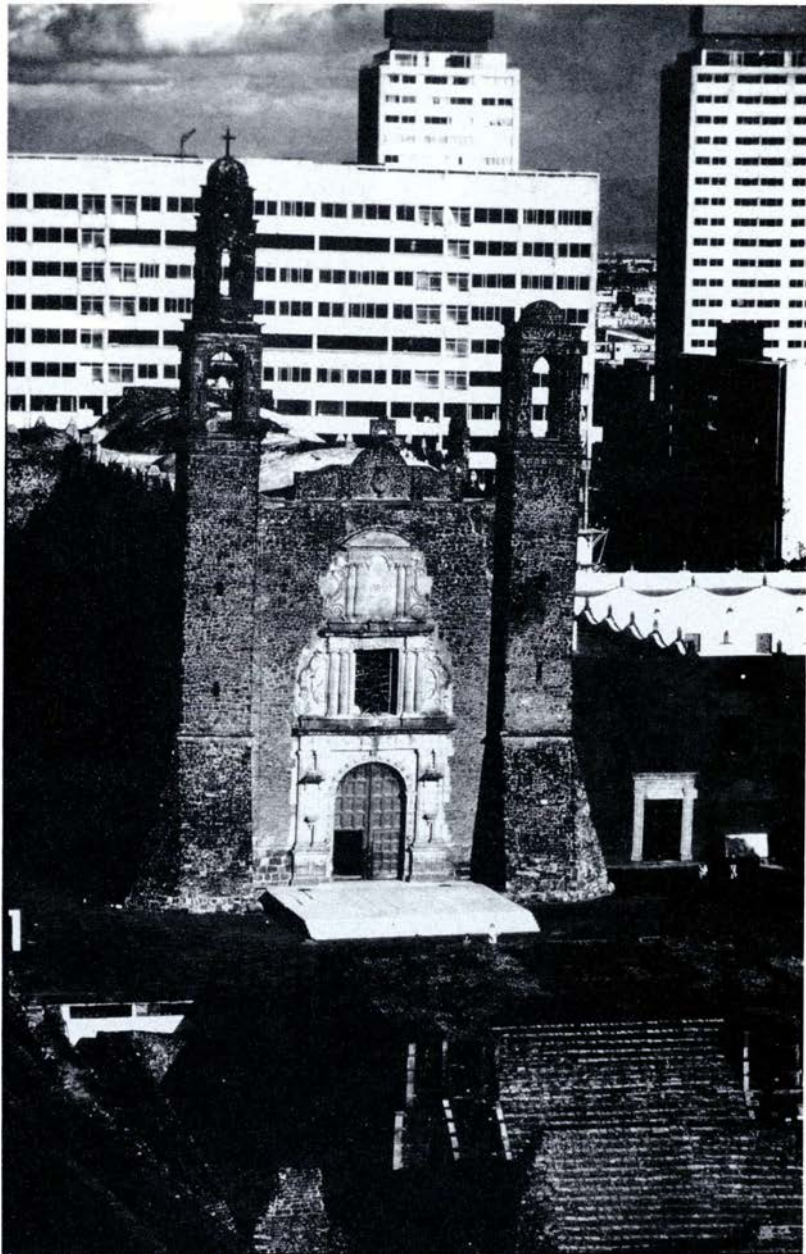


Ruinas de la capilla abierta de Tlalmanalco, Estado de México, según una litografía de fines del siglo XIX



Vista parcial del claustro del convento de Santiago Tlatelolco,  
con la iglesia edificada por fray Juan de Torquemada  
a fines del siglo XVI y principios del XVII

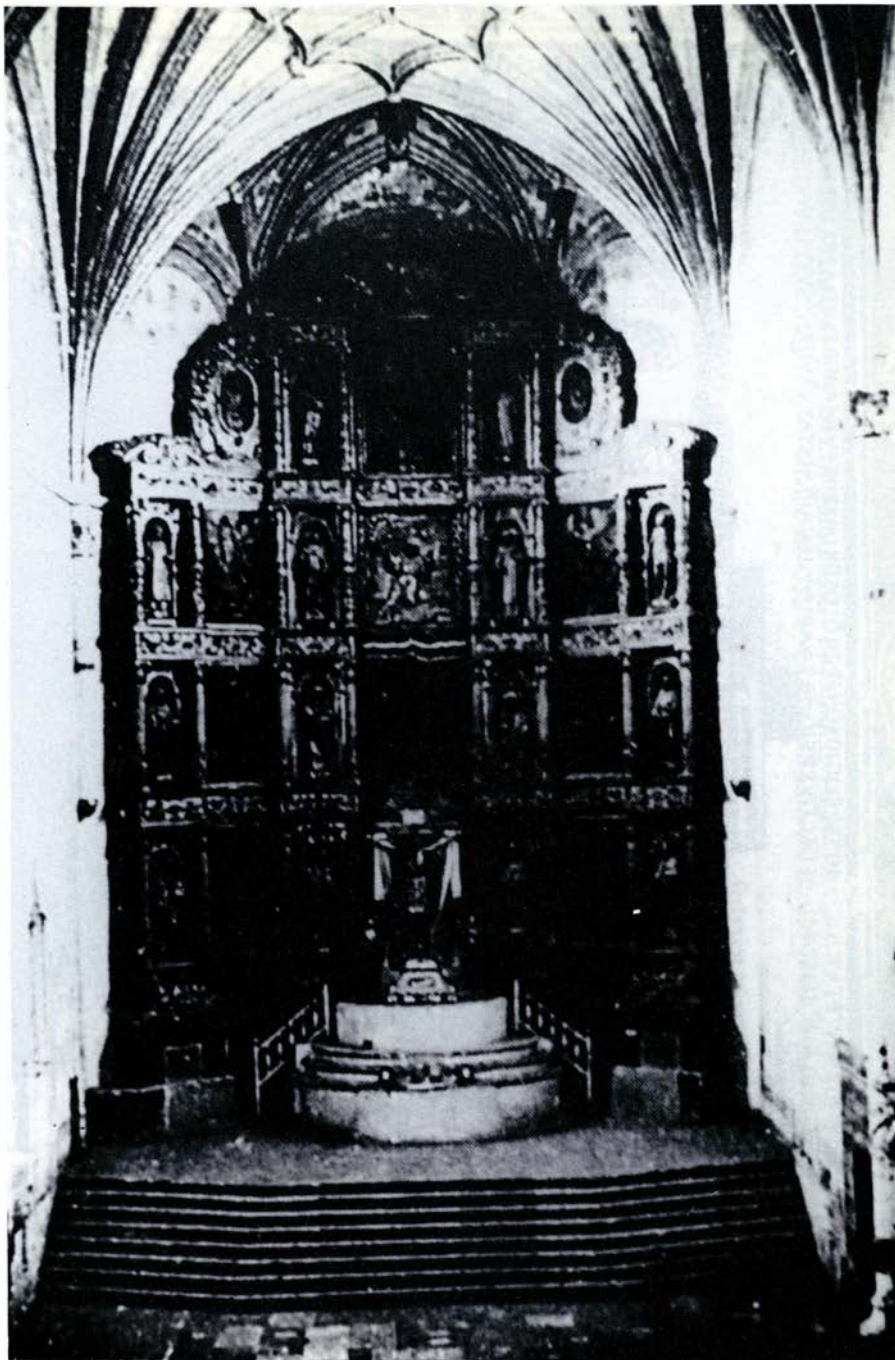




Fachada de la iglesia de Santiago Tlatelolco en la “Plaza de las tres culturas”.  
A la derecha parte del convento y, abajo, escalinata de uno de los templos  
prehispánicos

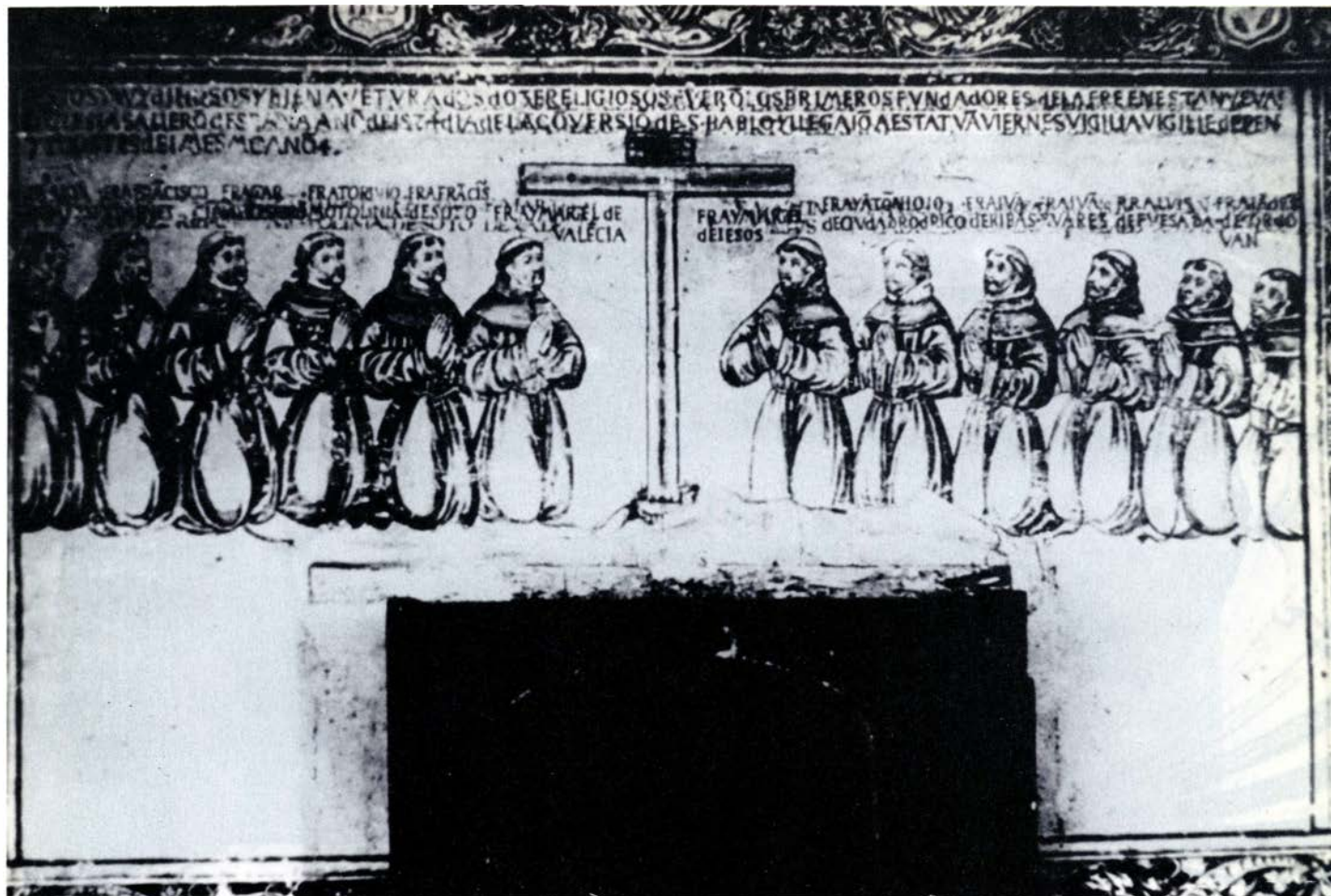


**Bernardino de Sahagún en Tlatelolco  
(Museo Nacional de Historia, ciudad de México)**



Retablo plateresco de la iglesia de Huexotzímco, Estado de Puebla





Pintura mural con las efiges de los doce franciscanos llegados a México en 1524. Claustro del Convento franciscano de Huexotzincó



Portada de *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, por fray Alonso de Molina, México, 1555, en cuyo colofón se hace constar que fray Bernardino revisó y aprobó su manuscrito



# de la conquista mexicana

fo. 28



ixcolecato in ytecdumalli  
intecajthalli: yvan in ytecd  
in xquijeth davorilli: auk tu  
iemuchi omacalcoh in tex  
cujthali, icic con tlecavna, co  
tleque chui, con tlemjina in te  
quijeth: repapan tlecotli muvhi  
tlotlac. Auk in tlecujthali quij  
xuxan tecaque in Españoles:  
auvi in ch'alchivilli in que x  
quijeth quiqui tlotaque, quijeth  
que: auk in ococe quij ch'alchi  
villi, con quijzamalque in  
tlexaltecui: yvan no tva nen  
que, quixaqualo tnen que  
in novian tlatli ticari, tlatli  
tlotli, tlatlatilicari, muchi  
quijcuque in xquijeth in quit  
taque, in quijqualitzaque.

Capítulo 18. de como los espa  
ñoles entraron en las propias casas  
de Motecuzoma, y dello que alli paso.

In ytecdumalli omecui capitulo: va  
con in ytecd, in que en ytecd Españoles  
calaquijeth in ytecd: in ytecd. Motecuz  
oma: auk in tlecui vmpa muvhi tlotli.

Hecho lo arriba dicho procuravó  
de saber de la recamara de Motecuz  
oma y ellos llevo a su recamara  
que se llamava totocalco que quijeth

Niman ietevni in velitla  
tlatilicari. Motecuzoma in vmpa  
mopia in velitla tlatilicari in mo  
tecuzoma: in ytecd in ytecd.

Texto en náhuatl acerca de la Conquista recogido por Sahagún de ancianos tlatelolcas hacia 1555, transcrito posteriormente en el Códice florentino, cuyo folio 28 r. aquí se reproduce

Uno de ellos, Vasco de Quiroga, sobresaldría como realizador de utopías. A él se debió la creación de los célebres pueblos-hospitales, en los que los aspectos social y económico de las comunidades indígenas fueron objeto de particular atención. De Vasco de Quiroga, que pocos años después fue consagrado obispo de Michoacán, se ha dicho que con sus obras hizo realidad la utopía, que tanto admiró, del humanista Tomás Moro.

Muy poco antes de la llegada de los integrantes de la segunda Audiencia había regresado a México Hernán Cortés con los títulos de marqués del Valle de Oaxaca y capitán general de la Nueva España. Ello ocurrió en julio de 1530. La presencia del conquistador en México, que se prolongaría algo menos de diez años, hasta su retorno definitivo a España en enero de 1540, fue muy significativa, pero no ya tanto en el terreno de la administración y la política cuanto en el de sus propósitos de explorar la mar del Sur y la “gran isla”, situada al occidente, que resultó ser California. Favorecedor siempre de los franciscanos, su permanente adversario Nuño Beltrán de Guzmán en uno de los varios alegatos que promovió, en este caso contra el obispo Zumárraga, adujo en él testigos para que declararan en el sentido de que

el dicho fray Juan de Zumárraga [...] es parcial a don Hernando Cortés e a sus cosas e criados, e los favorece en cuanto puede, en público e en secreto, e así lo predica en los púlpitos [...] e así lo facen los frailes franciscanos, formando bando e parcialidad con don Hernando.<sup>18</sup>

A su vez Zumárraga que, como vimos, se había enfrentado a Nuño en defensa de los indígenas, hizo también entonces probanza en favor de sí mismo. Para ello convocó a buen número de personas bien conocidas en la incipiente sociedad novohispana. Sometió a ellas un cuestionario al que pidió respondieran según su saber y entender. Dichas informaciones comenzaron a formularse el 11 de julio de 1531 ante cuatro de los miembros de la segunda Audiencia, incluyendo a don Vasco de Quiroga y al correspondiente escribano de cámara de Su Majestad.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> “Información promovida por Nuño Beltrán de Guzmán”, 23 de agosto de 1529, en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía, sacados en su mayor parte del Archivo de Indias*, 42 v., Madrid, 1864-1884, t. 40, 549-552.

<sup>19</sup> “Información promovida por el obispo don fray Juan de Zumárraga, 11 de julio de 1531”, en *Archivo General de Indias, Sevilla, Justicia*, 1006.

Las informaciones versaron, entre otros asuntos, sobre el comportamiento de los franciscanos en su calidad de misioneros; su actitud en defensa de los pueblos indígenas; la forma de actuar de los miembros de la primera Audiencia; la violación del derecho de asilo; cuestiones de jurisdicción civil y eclesiástica; agresiones a Zumárraga; actitud de éste respecto a Cortés. Cuestión de particular interés fue la relativa al aprendizaje, por parte de los franciscanos, “de la lengua de la tierra y si han fecho arte [gramática] en ella” y enseñado a leer y escribir a jóvenes indígenas.<sup>20</sup>

A estas y otras preguntas respondieron personas tan bien conocidas como Gil González de Benavides, alcalde de la ciudad de México, el comendador Leonel de Cervantes, el obispo dominico fray Julián Garcés, los también dominicos Domingo de Betanzos y Vicente de las Casas, los bachilleres Alonso Pérez, Juan de Ortega, el antiguo conquistador que apresó a Cuauhtémoc, García de Olguín, los clérigos Gaspar López, Hernán Martín y Rodrigo de Torres y el regidor Pedro Sánchez Farfán.

En lo concerniente al aprendizaje del náhuatl, elaboración de una gramática y enseñanza de la lectura y escritura a los indígenas, asunto que importa destacar aquí, las respuestas dadas son de enorme interés. Coincidieron ellas, con ligeras variantes, en sostener algo que suena casi asombroso. Apenas diez años después de consumada la Conquista y sólo siete de la llegada de los doce franciscanos, al decir del bachiller Alonso Pérez:

trabajaban los frailes de facer un arte para bien saber la lengua [...] e sabe este testigo que les predicaban a los naturales en su lengua.<sup>21</sup>

Y, según la declaración del alcalde Gil González de Benavides:

Ha visto este testigo que entre los dichos religiosos hay grandes lenguas [conocedores del idioma indígena] e ha visto en el monasterio del señor Sant Francisco desta ciudad e en otras casas e monasterios de la comarca muchos mochachos los cuales deprenden a leer e escribir.

<sup>20</sup> *Loc. cit.*

<sup>21</sup> *Loc. cit.*

El comendador Leonel de Cervantes fue muy explícito en sus palabras:

Ha visto a los dichos religiosos el arte [gramática] que han fecho para aprender la lengua para tener mejor aparejo de industrialiar a los naturales en las cosas de nuestra santa fe católica e que él ha visto que los dichos religiosos tienen en el monasterio desta ciudad de México, e este testigo los contó un día, quinientos e sesenta mochos poco más o menos, en ansí mesmo ha visto mucho número dellos en las casas de Tetzcocho e Cuernavaca [...] e que ha visto que algunos de ellos saben muy bien leer e escribir.

Una última declaración cabe citar entre otras varias, la del dominico fray Vicente de las Casas:

Ve que hay arte fecha por la mano de los dichos frailes para aprender la lengua desta tierra, la cual algunos de los dichos frailes saben muy bien hablar, en lo cual facen mucho fruto de los naturales que declaran en los sermones el Evangelio literalmente e hay muchos dellos que saben cantar e oficiar una misa e dicen vísperas [leyéndolas] e todas las horas [del Oficio divino] cántanlas muy bien, sin intervenir entre ellos frailes.

Testigo de todo esto debió ser Bernardino de Sahagún que apenas llevaba dos años escasos en México. Bien pudo valerse él de ese arte o gramática para su aprendizaje del náhuatl, en cuyo conocimiento destacaría tal vez como ningún otro. Y conviene recordar también que ya fray Pedro de Gante, que había establecido una escuela para jóvenes indígenas en Tetzcocho desde 1524, había aventajado muy pronto en el saber del náhuatl.

Para quienes han sostenido gratuitamente que no fue sino hasta las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XVI cuando se empezó a escribir alfabéticamente el náhuatl, importa subrayar lo que se desprende de las declaraciones citadas. Y también, en relación con fray Pedro de Gante, lo que escribió el 27 de junio de 1529 a los frailes de la provincia de Flandes. Les informó en ella de lo que se había alcanzado en la evangelización de los naturales. Añade que casi ha olvidado el flamenco pero, en cambio, habla el castellano y para mostrar que también conoce ya el náhuatl y puede escribirlo, termina su carta con estas palabras:

Ca ye ixquich, ma motenehua in toteuh, in totlatocauh Jesu Christo, que se traduce así: por lo demás no tengo ya qué decir, sea loado Nuestro Dios y su bendito hijo Jesucristo.<sup>22</sup>

Y al igual que debió tener noticia de todo esto fray Bernardino, también es muy probable que se enterara de lo declarado por esos testigos convocados por el todavía obispo electo Zumárraga. Sahagún, que lo trató personalmente en ocasiones como la solemne apertura del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, había de compartir con él y con la mayoría de sus hermanos franciscanos su aprecio, que no lisonja, hacia Hernán Cortés. Así lo habían manifestado la gran mayoría de los testigos en sus declaraciones respecto al proceder en ello de Zumárraga. Como éste, también Sahagún habló de Cortés en varios lugares de su *Historia general*, sobre todo en el libro de la Conquista y en otras obras suyas, como los *Coloquios y Doctrina Christiana*. Y puede afirmarse que, al referirse a Cortés, lo hace con bastante objetividad. Reconociendo su valor, señala asimismo que por obra de la Conquista los indios se vieron en extremo afligidos, de tal modo que no les quedó “sombra de lo que fueron”.

La empresa cortesiana de exploración en el Pacífico, aunque contó con la participación de algunos franciscanos que fueron como misioneros, quedó ya fuera del campo del interés de fray Bernardino. Así, lo último que acerca del conquistador escribió Sahagún volvió a estar relacionado con la Conquista y con la llegada en 1524 de los doce primeros franciscanos a México. Sobre esto versa precisamente el capítulo postrero de una segunda versión del libro de la Conquista, redactado siendo ya muy anciano Sahagún, en 1585.

### *Primeras actividades de Bernardino de Sahagún*

Fray Bernardino debió asombrarse y contristarse ante los hechos que vivió durante su primer lapso de estancia en la Nueva

<sup>22</sup> “Carta de fray Pedro de Gante a los padres y hermanos de la Provincia de Flandes, 27 de junio de 1529”, en Ernesto de la Torre Villar, *Fray Pedro de Gante*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1973, 71-75.



España. Tal vez recordando el caos, fruto del desgobierno de la primera audiencia, puesto en parangón con las formas de regimiento político de los antiguos mexicanos, como él llegó a conocerlas, escribió más tarde que “en las cosas de política [gobierno] echan el pie delante [los indios] a otras muchas naciones que tienen gran presunción de políticos...”<sup>23</sup>

Siendo probable que, al menos en los primeros meses, permaneciera en la ciudad de México para irse informando de los frailes más antiguos acerca de las realidades de la Nueva España, consta que todavía “en su juventud fue guardián de principales conventos”.<sup>24</sup> De su estancia en uno de ellos, el de San Luis Obispo de Tlalmanalco, en las estribaciones de los dos grandes volcanes, se conservan algunas noticias. Fue precisamente entre 1532 y 1533 cuando se terminó de edificar una primera iglesia franciscana en dicho pueblo. Hallándose allí, según lo recuerdan fray Jerónimo de Mendieta y fray Juan de Torquemada,

refiere [fray Bernardino] que, siendo él conventual en el dicho pueblo de Tlalmanalco, fue a visitar aquella casa el santo fray Martín [de Valencia], que era custodio la segunda vez, y como era pública voz y fama que se arrobaba en la oración, una mañana, acabando de rezar las horas canónicas, viendo que se había apartado el varón santo a un rincón que estaba a un lado del coro, tuvo voluntad de ir a ver cómo estaba. Y, llegado al lugar de donde le podía acechar, vio una claridad o cosa semejante (que no pudo determinar qué fuese), que lo encandiló y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios fray Martín que allí estaba; y así se volvió atrás turbado y con miedo de lo que, interior y exteriormente, había sentido.<sup>25</sup>

La convivencia con fray Martín, en quien Sahagún reconocía ejemplo de genuina virtud franciscana, contribuiría sin duda a reforzar en él los ideales en que se había formado desde que fue miembro de la provincia de San Gabriel de Extremadura. Era necesario aprovechar la oportunidad excepcional que ofrecían los indígenas mexicanos de ser encaminados hacia un cristianismo en el que, en lugar de la codicia y la envidia, florecieran la pureza de vida y un hondo sentido comunitario. Las recientes discordias

<sup>23</sup> Sahagún, *Historia general*, I, 33.

<sup>24</sup> Mendieta, *op. cit.*, 664.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 594.

y violentos enfrentamientos que se habían producido entre los españoles confirmaban la idea de que, para hacer realidad los ideales buscados, era necesario apartar a los indios de quienes habían venido a imponerse y aprovecharse de ellos. Urgía conocer mejor el alma indígena y su cultura. Sólo así podría irse edificando una cristiandad verdadera, como la de los primeros tiempos de la Iglesia.

Fray Bernardino, en tanto que laboraba entre los nativos de ese pueblo de Tlalmanalco, debió seguir pensando en esos ideales, preocupado por lograr que él y sus hermanos de hábito los transformaran, poco a poco, en realidad viviente. Las idolatrías, que tantas veces le salían al paso, sólo podrían ser erradicadas cuando se conocieran en verdad las raíces más ocultas del modo de pensar, creer y vivir de los indígenas. Para ello había que hacer pesquisas, tarea muchas veces nada fácil. Los rumores de que cerca de su misión de Tlalmanalco —aunque en lugar muy difícil de alcanzar— perduraban pujantes formas de idolatría, movieron a Bernardino a emprender una ascensión nada menos que a los dos elevados volcanes que limitan por el oriente el gran valle de México. De tal subida, por no decir proeza, él mismo dejó noticia:

Hay un monte muy alto, que humea, que está cerca de la provincia de Chalco [en la que se hallaba Tlalmanalco], que se llama Popocatépetl, que quiere decir monte que humea. Es monte monstruoso de ver, y yo estuve encima de él.

Hay otra sierra junto a ésta, que es la Sierra Nevada, y llámase Iztactépetl, que quiere decir Sierra Blanca, es monstruoso de ver lo alto de ella, donde solía haber mucha idolatría. Yo la vi y estuve sobre ella.<sup>26</sup>

Tal ascensión a los dos elevados volcanes confirma lo dicho acerca del carácter de fray Bernardino, tan inclinado a investigar las realidades naturales y humanas de la tierra a la que había llegado. Y, asimismo, subir a esos volcanes de cerca de 5.500 metros de altura deja ver que era hombre decidido y de buena constitución física. Estaba emulando la muy ponderada hazaña del conquistador Diego de Ordaz y sus dos acompañantes, que en busca de azufre escalaron el Popocatépetl al tiempo de la Conquista.

<sup>26</sup> Sahagún, *Historia*, II, 806.

Hablando en un apéndice al libro XI de su *Historia* de varios sitios en los que supo él se practicaban idolatrías, proporciona Sahagún otra noticia sobre su también temprana estancia en Xochimilco, pueblo situado al sur de la ciudad de México. Allí descubrió él un testimonio del culto que se rendía al dios Tláloc, señor de la lluvia:

Hay otra agua o fuente muy clara y muy linda en Xochimilco, que ahora se llama Santa Cruz, en la cual estaba un ídolo de piedra debajo del agua, donde ofrecían copal. Yo vi el ídolo y entré debajo del agua para sacarle, y puse allí una cruz de piedra, que hasta ahora está allí en la misma fuente.<sup>27</sup>

La iglesia que hacia 1535 comenzó a edificarse junto al convento franciscano de Xochimilco llevó la advocación precisamente de San Bernardino. Como cosa probable puede pensarse que Sahagún quisiera así honrar a su santo patrono. De hecho, sabemos que él tenía particular devoción al mismo, como lo muestra el que años adelante escribiera un opúsculo que intituló *Vida de San Bernardino*.<sup>28</sup>

Si el cronista Mendieta expresó, según vimos, que Sahagún en su juventud estuvo en varios conventos, consta al menos que se halló en los de Tlalmanalco y Xochimilco. A principios de 1536 iba a cambiar su destino. En vez de que continuara sus trabajos de misionero entre poblaciones indígenas, se le asignó entonces el cargo de maestro en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, que formalmente se inauguró el 6 de enero de 1536.

*Sahagún, maestro a partir de la fundación del  
Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco*

Fecunda fue la larga vinculación de fray Bernardino con el colegio que se estableció en Tlatelolco, al norte de la ciudad de México. La idea de erigir allí un centro de enseñanza para jóvenes indígenas, hijos de señores principales o escogidos por su talen-

<sup>27</sup> *Ibid.*, II, 808.

<sup>28</sup> Véase acerca de esta obra: Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI, op. cit.*, 336.



to, se debió al obispo Zumárraga y a Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la segunda Audiencia. Ambos varones, hombres del Renacimiento español, percibieron la necesidad de contar con un colegio en el que se propiciara el acercamiento de culturas —la española y la indígena— y se formara, con un alto nivel, a jóvenes indígenas que habrían de influir en sus respectivas comunidades. El colegio había funcionado tentativamente desde 1533, aunque al parecer no en Tlatelolco sino en el convento de San Francisco de México. Su inauguración solemne, ya en Tlatelolco, con asistencia de Zumárraga y Fuenleal, y del recién llegado primer virrey, Antonio de Mendoza, tuvo lugar en la fiesta de la Epifanía o Día de Reyes de 1536, para simbolizar que el colegio se abría para ilustración de los gentiles del Nuevo Mundo. Creado bajo la protección de Carlos V, fue llamado por esto imperial.

Al escoger los maestros del colegio se puso particular empeño en que fueran los más doctos que pudieran hallarse. Además de que debían ser excelentes en el conocimiento de la lengua náhuatl, debían gozar de reconocida fama como expertos en alguna o varias ramas de las humanidades, la teología y los estudios bíblicos. Maestros de retórica, lógica y filosofía fueron fray Juan de Gaona, que había enseñado en la Sorbona de París, y fray Juan Focher, a su vez doctorado en leyes en dicha universidad. Maestro de gramática fue fray Andrés de Olmos, que desde 1533 había iniciado sus investigaciones sobre las antigüedades indígenas y habría de disponer la primera amplia gramática o arte de la lengua mexicana, así como trabajos afines sobre la totonaca, tepehua y huasteca. De latinidad, historia y otras materias también humanísticas, fueron profesores fray Arnaldo de Bassacio y fray Bernardino de Sahagún.

Este último, que pasó diversos períodos de su vida en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde formó a sus principales colaboradores indígenas, habla de ese centro de docencia e investigación en diversos lugares de sus obras. De modo particular dedica varias páginas al mismo en una “Relación del autor digna de ser notada”, que intercaló entre los capítulos XXVII y XXVIII del libro X de su *Historia general*. Allí, tras referirse a las habilidades y oficios, así como a los vicios y virtudes de los indígenas mexicanos en el tiempo de su gentilidad, discurre luego sobre los cambios ocurridos desde la llegada de los españoles.

Al tratar fray Bernardino acerca de esto bastantes años más tarde, lo hizo sobre la base de su entonces larga experiencia. Como investigador conocía mejor que nadie lo que había sido la antigua cultura; como maestro y misionero se había adentrado en el alma de los indios contemporáneos suyos. Así, respecto de las habilidades del hombre náhuatl, habla con minucia de las muchas en que se había distinguido en los tiempos prehispánicos, como artista que trabajaba la piedra, el barro, la pluma y los metales; como sabio y maestro en sus escuelas; conocedor de minerales, plantas y animales; médico, comerciante, astrólogo, orador y poeta. En lo tocante ya a los tiempos de la Nueva España, nota luego:

Tenemos por experiencia que en los oficios mecánicos son hábiles para aprenderlos y usarlos [...] También en los oficios de sastres, zapateros, sederos, impresores, escribanos, lectores, contadores, músicos de canto llano y de canto de órgano, tañer flautas, chirimías, sacabuches, trompetas, órganos; saber gramática, lógica, retórica, astrología y teología; todo esto tenemos por experiencia que tienen habilidad para ello y lo aprenden y lo saben, y lo enseñan, y no hay arte ninguna que no tengan habilidad para aprenderla y usarla.<sup>29</sup>

Pasando luego al campo del “regimiento de la república” y de las cosas morales y de religión reconoce que en los tiempos antiguos eran para más porque educaban a sus hijos “muy conforme a la filosofía natural y moral”. Todo ello, sin embargo,

cesó por la venida de los españoles y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales y quisieron regirlos a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas; teniendo entendido que eran idólatras y bárbaros, perdióse todo el regimiento que tenían...<sup>30</sup>

Hubo, por consiguiente, que poner remedio y, para ello se intentó implantar varias formas de educación en la juventud indígena. Tras referirse a ellas, atiende ya de modo directo al Colegio de Santa Cruz:

<sup>29</sup> Sahagún, *Historia*, II, 626-627.

<sup>30</sup> *Ibid.*, II, 627.

Luego que vinimos a esta tierra a implantar la fe juntamos a los muchachos en nuestras casas, como está dicho, y les comenzamos a enseñar a leer y escribir y cantar y, como salieron bien con esto, procuramos luego de ponerlos en el estudio de la gramática, para el cual ejercicio se hizo un colegio en la ciudad de México, en la parte de Santiago del Tlatilulco, en el cual todos los pueblos comarcanos y de todas las provincias se escogieron todos los muchachos más hábiles y que mejor sabían leer y escribir, sin salir fuera sino pocas veces [...].

Trabajando con ellos dos o tres años vinieron a entender todas las materias de arte de la gramática, a hablar latín y entenderlo, y a escribir en latín, y aun a hacer versos heróicos [...] Yo me hallé en la fundación del dicho colegio...<sup>31</sup>

Para valorar lo que comenzó a ser la vida intelectual de maestros y educandos en el colegio podrían aducirse numerosos testimonios, unos de admiración y otros de crítica. Los primeros, entre ellos uno suscrito por Zumárraga y por el también obispo Julián Garcés, reconocen los frutos que se iban logrando en lo intelectual y moral. Los segundos, de crítica y alarma, como el que en seguida veremos del ya conocido antiguo conquistador Jerónimo López que, en carta dirigida al soberano, del 25 de febrero de 1545, describe los peligros que cree percibir en la adquisición de tantos conocimientos por los jóvenes indígenas:

Mucho favor e regalo que se ha hecho a los indios, donde se ha encajado en ellos el refrán que dice que mucha conversación acarrea menosprecio [...].

[Como] en poner los indios en la pulicia [cultura] de la lengua latina, haciéndoles leer ciencias, donde han venido a saber todo el principio de nuestra vida por los libros que leen, e de dónde procedemos, e cómo fuimos sojuzgados de los romanos e convertidos a la fe, de gentiles, e todo lo demás que se escribió en este caso que les causa decir que también nosotros venimos de gentiles e fuimos sujetos e ganados e sojuzgados, e fuimos sujetos de los romanos e nos alzamos e rebelamos e fuimos convertidos a bautismo, tanto mayor número de años, e aún no somos buenos cristianos; que qué les pedimos a ellos de tan poco tiempo que se convirtieron. Estos indios que así han estudiado son muchos; los frailes la tierra adentro y en México les dan veces de predicar; dicen e predicán lo que quieren destas cosas e otras que se les antoja.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> *Ibid.*, II, 633-635.

<sup>32</sup> "Carta de Jerónimo López al Emperador, 25 de febrero, 1545", *Epistolario*, *op. cit.*, IV, 168-169.

Cierto era que, bajo la guía de maestros en verdad tan distinguidos como los que se han nombrado, entre ellos Sahagún, los jóvenes nahuas pronto hicieron grandes progresos. Y era también verdad algo que no alcanzó a percibir el espontáneo informador Jerónimo López. Además de que en ese colegio se enseñaba a los estudiantes lengua latina, gramática, historia, religión, Sagradas Escrituras y filosofía, también se había dado entrada a temas relacionados con la antigua cultura indígena. Para ello se había buscado la presencia de algunos maestros nativos. Aunado su trabajo con el de los frailes humanistas, se produjeron en el colegio obras de significación en verdad universal.

Para fray Bernardino el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco no iba a ser tan sólo ámbito de docencia en materias humanísticas, sino también espacio abierto para las investigaciones a las que dedicaría buena parte de su vida, con el propósito de ahondar en el conocimiento de la antigua cultura indígena. Y además de que allí iba a contar con la presencia de viejos sabios, maestros en sus antigüedades, que se convertirían en informadores suyos, encontraría luego, en algunos de sus estudiantes, eficaces colaboradores en su ulterior empresa. A cuatro de ellos que, como él lo expresó, fueron colegiales y discípulos suyos, habrá de referirse varias veces: “uno se llama Antonio Valeriano, vecino de Azcapotzalco; otro Alonso Vegerano, vecino de Cuauhtitlán; otro Martín Jacobita, vecino deste Tlatilulco, y Andrés Leonardo, también de Tlatilulco”.<sup>33</sup>

### *Conquista espiritual y pervivencia de las antiguas creencias*

La que algunos han llamado “conquista espiritual” de México estaba por esos años de 1536 y siguientes en proceso de expansión, ni tan profunda como algunos han pretendido ni tan superficial como lo han sostenido otros. En 1526 los dominicos habían llegado para reforzar a los franciscanos, y en 1533 los agustinos se sumaron a las tareas de los miembros de esas dos órdenes. Ya en el virreinato de don Antonio de Mendoza comenzaron a edificarse no pocos conventos en territorios de los que hoy son los

<sup>33</sup> Sahagún, *Historia*, I, 79.

Estados centrales de México y en regiones más apartadas de Oaxaca, Chiapas y Guatemala. Bernardino mantuvo, sin embargo, hondo escepticismo ante las optimistas cifras de conversos difundidas por frailes como Toribio de Benavente Motolinía. Así, según este último, para el año de 1539 podía decirse que:

por manera que, a mi juicio y verdaderamente, serán bautizados en este tiempo que digo que serán [desde 1524] quince años, más de nueve millones de ánimas de indios.<sup>34</sup>

Bernardino, que muchos años después, en 1585, se mantenía escéptico respecto de esas conversiones, habría de expresar que “esta Iglesia nueva quedó fundada sobre falso”.<sup>35</sup> El, en cambio, había querido desarrollar otra forma de acercamiento al hombre y la sociedad indígenas. A su parecer el único camino seguro era partiendo de un conocimiento profundo de su antigua cultura. Como el médico que ha de conocer el mal que aqueja al enfermo, así debía de proceder el misionero. Confirmando que era poco lo alcanzado hasta fines de los años treinta, hizo denuncia de casos de idolatrías que continuaban vivas. Más aún, participó en procesos que abrió el obispo Juan de Zumárraga en contra de indios tenidos como relapsos, pues convertidos al cristianismo —al menos en apariencia— habían vuelto a su religión nativa. Famoso entre tales procesos fue el seguido en 1539 contra don Carlos Ometochtzin, señor de Tetzco, nada menos que hijo del afamado Nezahualpilli y nieto del más ponderado sabio señor Nezahualcóyotl.

Zumárraga actuó entonces como obispo e inquisidor apostólico y tres frailes franciscanos como intérpretes. Uno fue Antonio de Ciudad Rodrigo, con quien Bernardino había viajado a México; otro, Alonso de Molina, el primer lexicógrafo de la lengua náhuatl, que sacó a luz su *Vocabulario* en 1555, y el otro precisamente Sahagún que para entonces debía sobresalir ya por su conocimiento del idioma indígena. Pudo él enterarse así de modo directo sobre lo arriesgadas que habían sido las rápidas conversiones de los indios. De lo mucho que —según declararon los acusadores y los testigos— había expresado don Carlos

<sup>34</sup> Motolinía, *op. cit.*, 122.

<sup>35</sup> Sahagún en García Icazbalceta, *op. cit.*, 383.

Ometochtzin, correspondió a Sahagún traducir, al menos una parte, al castellano. Entre otras cosas, se decía que Ometochtzin había manifestado:

Mira, oye, que mi agüelo Nezahualcóyotl y mi padre Nezahualpilli ninguna cosa nos dixeron cuando murieron, ni nombraron a ningunos ni quiénes habían de venir; entiende, hermano, que mi agüelo y mi padre miraban a todas partes, atrás y delante [...] y sabían lo que se había de hacer en largos tiempos y lo que se hizo, como dicen los padres e nombraron los profetas que de verdad te digo que profetas fueron mi agüelo y mi padre que sabían lo que se había de hacer y lo que estaba hecho. Por tanto, hermano, entiéndeme, y ninguno ponga su corazón en esta ley de Dios e divinidad [...] ¿Qué es esta divinidad, cómo es, de dónde vino?<sup>36</sup>

Si los más sabios de entre los antepasados nada habían dicho acerca de la nueva ley y la nueva divinidad, por mucho que insistieran los frailes acerca de ellas en sus escuelas y en sus cartillas, no había razón para cambiar de forma de pensar.

Otra manera de crítica consistió en destacar que, aun entre los mismos frailes, había distintas maneras de religión, de lo cual se seguía que también las creencias y las prácticas prehispánicas debían tener su propio lugar:

Mira que los frayles y clérigos cada uno tiene su manera de penitencia; mira que los frayles de San Francisco tienen una manera de doctrina y una manera de vida y una manera de vestido y una manera de oración, y los de San Agustín tienen otra manera, y los de Santo Domingo tienen de otra, y los clérigos de otra como todos lo vemos, y así mismo era entre los que goardaban a los dioses nuestros, que los de México tenían una manera de vestido y una manera de orar e ofrecer y ayunar, y en otros pueblos de otra; en cada pueblo tenían su manera de sacrificios, y su manera de orar y de ofrecer, y así lo hacen los frayles y clérigos, que ninguno concierta con otros.<sup>37</sup>

A todo esto añadía también don Carlos, según los declarantes, la idea de que la nueva doctrina interfería de modo directo con lo que cada uno, para su contento y solaz, podía hacer en su vida personal. Así, entre otras cosas, decía:

<sup>36</sup> *Proceso criminal del Santo Oficio de la Inquisición y del fiscal en su nombre contra don Carlos, indio principal de Tezcoco*. Preliminar de Luis González Obregón, México, Publicaciones del Archivo General de la Nación, 1910, 40.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 40-41.

¿Qué hacen la mujer y el vino a los hombres? ¿Por ventura los cristianos no tienen muchas mujeres y se emborrachan sin que les puedan impedir los padres religiosos? ¿Pues qué es esto que a nosotros nos hacen los padres? Que no es nuestro oficio ni nuestra ley impedir a nadie lo que quisiere hacer. Dejémoslo y echémoslo por las espaldas lo que nos dicen.<sup>38</sup>

Tales fueron —según varios declarantes— las formas de argumentar de don Carlos Ometochtzin, expresiones que fray Bernardino hubo de traducir del náhuatl al castellano. Actuar en procesos como éste —que terminó con la quema de Ometochtzin en la hoguera el 30 de noviembre de 1539— y en otros, como el de un Pochtécatl Tlailotlaqui, antiguo jefe de mercados, acusado de encubrir las imágenes de los dioses adorados en el Templo Mayor de México-Tenochtitlan<sup>39</sup>, debió serle revelador. ¿Cómo podía alcanzarse la conversión de hombres cuya cultura y creencias se desconocían? ¿Se seguiría pensando que así iban a implantarse una fe y una caridad como las de la primitiva cristiandad? Revelador y doloroso a la vez debieron ser para Bernardino esos procesos inquisitoriales en los que participó como intérprete en el primer caso y auxiliar de la defensa en el otro. Algún consuelo tuvo años después, cuando los indígenas, como cristianos “tiernos en la fe”, quedaron fuera de la jurisdicción inquisitorial.

Había que buscar otras formas de acercamiento a los indígenas. Sahagún pudo convencerse aún más de ello al interrumpir en 1540 su primera estancia en el Colegio de Tlatelolco. Entonces volvió a trabajar, por cerca de cinco años, entre los nativos del valle de Puebla. A tal experiencia siguió la de su retorno en 1545 y hasta 1558 de una nueva permanencia en Tlatelolco. Allí, de varios modos, dio forma a su original proyecto de evangelización partiendo del conocimiento de la palabra y la cultura indígenas.

<sup>38</sup> *Loc. cit.*

<sup>39</sup> Véase sobre este otro caso, Luis González Obregón, *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, México, Archivo General de la Nación, 1912, 115-140.